

Enemigos del Imperio

Los orígenes coloniales, racistas
y opresores del Estado español

**AITOR JIMÉNEZ
GONZÁLEZ**

V
VERSO

Índice

Introducción	
Territorios unidos por el colonialismo y la violencia	9
Hilos	9
El imperio de las cabezas cortadas	11
Los orígenes esclavistas del fascismo español	13
Postfascismo, derecho y enemigos del Estado	17
¿Imperiofobia? Sí, gracias	23
Imperialismo hardcore	25
Los intelectuales orgánicos del imperio	30
I. El problema musulmán de Castilla	39
Granada	39
La Toma	41
El problema musulmán de Castilla	42
El boomerang colonial del Imperialismo Ibérico	49
¿Qué hacer con la plaga morisca?	53
II. La gubernamentalidad colonial española	57
Foucault en Salamanca	60
La policía como política	65
El nacimiento de lo <i>español</i>	70
La fagocitación del derecho indígena	73
III. Teología política del racismo	79
Imperio-raza-capital	80
El Esclavo feligrés	88
El Esclavo súbdito	94
El Esclavo mercancía	97

IV. El nacimiento de la biopolítica en América	103
Los Borbones y el mercado	103
¿Qué es biopolítica?	107
Los códigos negros	112
La plantación como Estado de derecho	121
V. Constitucionalismo racista	125
1803	125
Ciudadanía y raza	130
El color de la ciudadanía: París-Cádiz	137
Haití y Bolívar	146
VI. La raíz colonial del franquismo	155
Descolonizar la historia para descolonizar el presente	155
El año del látigo	161
Corrupción y capitalismo	162
Una dictadura violenta y racista	163
La represión que vino de Cuba	165
El Rif: Cuna del fascismo español	169
La inquisición franquista	173
¿Transición?	181
VII. España terrorista	183
En el principio fue el Estado	183
La policía tortura y asesina	192
Jueces como armas	196
Supremacía blanca y capitalismo racial español	202
La práctica del terrorismo judicial	209
Pérfidos yihadistas	218
Abolir España	221
Listado de archivos y documentos	229

Introducción

Territorios unidos por el colonialismo y la violencia

Hilos

Dirijo la mirada hacia la mesa donde trabajo. El sol del invierno austral se cuele por la ventana, cubriendo con destellos relampagueantes a la multitud de documentos que se encuentran sobre ella: fotografías (nuevas y antiguas), un puñado de recortes de anuncios de periódicos, pinturas, grabados, documentos oficiales que certifican la identidad y *precio* de una persona, sentencias emitidas por tribunales de guerra, piezas de legislación antiguas oportunamente ignoradas en su momento, y expelidas ya de la memoria colectiva e intelectual. Cualquiera podría dirigir la mirada al estudio y concluir que es la viva imagen del desorden, del caos. En el mejor de los casos, alguien pensaría que son material para un collage; en el peor, la pulsión decidida, aunque enajenada, de quien trata de buscar conexiones en piezas de archivo que se amontonan como ruinas de la historia desde hace seis siglos. Pero sin contextualización, sin ofrecer mayores explicaciones, cualquier mirada reposada que observe la mesa durante unos segundos encontraría puntos de encuentro e intuiría las conexiones entre estos materiales.

La primera fotografía refleja el espanto. En ella, una línea invisible separa dos universos. En la parte superior podemos ver a militares, policías y algunos civiles alineándose frente a un autobús y una ambulancia. Es la línea de los vivos. Bajo ellos, cubriendo la mayor parte de la escena, cientos de cuerpos yacen a la vista de sujetos armados. No se puede siquiera apreciar el asfalto. Solo se atisban cuerpos agolpados contra otros cuerpos, cabezas, brazos, piernas, ropa hecha jirones, heridas, suciedad... Es imposible saber quién está vivo, es imposible saber quién está muerto. Algunas figuras dobladas sobre sus rodillas miran hacia un

punto indeterminado. Pero la mayor parte de los cuerpos yacen recostados, inermes, agazapados, sus rostros congelados en el miedo y en la muerte.

En la siguiente imagen se pueden observar algunos trazos elegantes sobre un papel amarillento. Una playa en primer plano y unas montañas al fondo. Y sobre ese escenario de mar y tierra, de nuevo, una línea dialéctica que separa la vida, las relaciones de poder, pero también la esencia, el espíritu, el ser. A derecha e izquierda encontramos figuras armadas, pertrechadas con cascos, arcabuces y espadas. Dirigen, dan órdenes, conducen a una columna de personas que se pierde en el segundo y tercer plano. Vemos a niños y niñas llorar, a personas transportando sus pertenencias como pueden, a rostros confundidos que miran hacia atrás con profunda melancolía mientras son conducidas con violencia hacia una barcaza que se presume repleta. Cerrando la escena, caballería con lanzas, son una barrera infranqueable para las masas expulsadas que se atisban en los lejanos meandros. La primera imagen corresponde con la conocida masacre de Melilla. Fue tomada el 24 de junio del 2022 junto a la valla del enclave colonial que el Estado español mantiene en el norte de África. Aquel día, alrededor de dos mil personas provenientes de diversos lugares de África trataron de cruzar la *frontera* europea, una valla militarizada, protegida perimetralmente por efectivos marroquíes y españoles. Las masas, desesperadas, desposeídas, pasaron a ser contempladas como fuerzas invasoras, enemigas. La policía disparó y golpeó, lanzó gases, provocando una estampida de muerte, dolor e incluso asfixia en algunos casos, de huesos crujidos y carne desgarrada en otros. Era un espacio de necropolítica y control, la viva expresión del privilegio que distingue a aquellos que pueden cruzar, gozar del libre movimiento y atravesar fronteras de manera rutinaria, de quienes aspiran a no ser asesinados por tratar de cumplir con algo recogido hasta en tres legislaciones internacionales diferentes, el libre flujo de personas que no se entienden a sí mismas meramente como capital.

La otra escena fue pintada en el siglo XVII por un pintor italiano, Vicente Carducho, súbdito al servicio del imperio que buscaba hacer fortuna en la metrópolis. Según dice la descripción publicada en la web del Museo del Prado, donde esta obra permanece almacenada lejos de los ojos del público, es fácil reconocer la costa de Dénia bañada por el Mediterráneo. Hoy sitio turístico, ayer epicentro de la crueldad. No soy capaz de recordar los detalles urbanos de la ciudad en aquellos años, pero es posible radiografiar lo que allí tuvo lugar, el exterminio de una población, su borrado, su cancelación total en un territorio. Esto es, la

destrucción de la comunidad morisca mediante la expulsión forzada, masiva y organizada de cientos de miles de personas. Mirarlo en perspectiva. La formación política más poderosa de su tiempo declarando la guerra a una parte de su población para afirmar la homogeneidad. Un pueblo, una religión, una corona. Un crimen respaldado por la clase intelectual, religiosa y política, Un crimen organizado con minuciosa precisión jurídica. De un lado, el Estado. Del otro, campesinos arrancados de sus tierras, artesanos despojados de sus medios de producción, familias privadas de sus casas. Golpes, violaciones, muertes y, finalmente, la expulsión. Esta máquina de guerra infernal fue incapaz de alimentar adecuadamente a su población, pero se encontraba firmemente determinada a organizar la logística para lo que fue un etnocidio de dimensiones apocalípticas¹. Los documentos esparcidos sobre mi mesa empiezan a cobrar sentido, mostrando sus íntimas conexiones y profundas relaciones. Todas esas piezas olvidadas en distintos archivos dan cuenta de que los territorios que habitamos fueron unidos por el colonialismo y la violencia. También muestran que sufrimos los posos de aquella burocracia legal y política que se reservaba el derecho de determinar qué cuerpos, qué pieles y qué religiones pertenecen o no al cuerpo social. El conjunto de instituciones que diseñaron y pusieron en marcha el criminal aparato jurídico-militar de represión todavía está en funcionamiento.

El imperio de las cabezas cortadas

Fijo ahora la mirada sobre otras dos imágenes que, por más diferentes que puedan parecer a primera vista, están unidas la una a la otra por una larga tradición de violencia colonial. La primera es un enconchado, una sofisticada técnica pictórica que llegó al México colonial desde Japón. Ejecutada por Miguel y Juan González en el virreinato de la Nueva España en 1698, forma parte de una amplia colección de 24 tablas que representan la conquista de aquellos territorios americanos por Hernán Cortés. En la mitad inferior de la obra podemos observar una batalla: cuerpos marrones semidesnudos hacen frente a un poderoso ejército de caballería e infantería europea. A pesar de la confusión de la escena,

1 Rodríguez, M. G. A., y Wieggers, G. A. (2014), *The Expulsion of the Moriscos from Spain: a Mediterranean Diaspora (Vol. 56)*, Brill, Leiden.; Cortés, M. L. (2012), *El proceso de expulsión de los moriscos de España (1609-1614) (Vol. 8)*, Universitat de València, València.